



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

CARLOS MANGIAGALLI



Hay bastantes caballeros
que le tienen mucha envidia,
no sólo porque compone
partituras muy bonitas,

sino porque como ensaya
los coros todos los días,
las horas de los calores
se las pasa entre las chicas.

SUMARIO

TEXTOS: De todo un poco, por Luis Taboada.—El árbol de la dicha, por José Estevarena.—A una dama despectada, por Juan Pérez Zúñiga.—Ese es periodista!, por Manuel Matos.—Pantaleón á 6,50, por Eduardo Besillo.—El mozo, por Sinesio Delgado.—Palique, por Carín.—Los mirónes, por Ricardo J. Catarinen.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Carlos Manginalla, por Mencia.—Matute, por Cilla.—Ahí va eso, por Mencia.



Con este calor no hay quien descanse.

Y menos cuando tiene uno en la vecindad una codorniz sencilla, de esas que se pasan toda la noche haciendo *chau chau* como si quisieran decir al pacífico durmiente:

—Aquí estoy metida en mi jaulita, y pertenezco á D. Serapio Bolichón, oficial jubilado de Hacienda, que me adora y me mimaba como si me hubiera llevado nueve meses en su seno.

¡Parece mentira que haya hombres como este D. Serapio! ¡Mire usted que tener una codorniz enjaulada, sólo por el gusto de oírle decir *chau, chau-chau-chau!*...

Bueno que el hombre tenga sus defectos y gaste el dinero en cerveza ó en americanas blancas, que le hacen aparecer como si llevase el cuerpo metido en un sobre; pero que haya quien posea una codorniz sonora y la cuelgue en el balcón para tormento del vecindario, es cosa que debiera estar castigada por las leyes del país; es bien extraño que aquí, donde á cada momento se están presentando proposiciones de ley para toda clase de tonterías, no salga un diputado joven pidiendo la abolición de las codornices nacionales y extranjeras por atentatorias al reposo público.

En mi casa nadie puede descansar, porque el vecino de enfrente, el infame de D. Serapio, deja la codorniz en el balcón todas las noches, y andamos viendo entre mi criada y yo si conseguimos darle caza. Ya le hemos tirado una porción de cosas, y la otra noche en poco estuvo que no matáramos al sereno, de un ladrillazo, en vez de matar á la codorniz, tanto que el hombre comenzó á pedir socorro y á agitar el chuzo.

—No se asuste usted, Juan—le dije desde arriba.—Soy yo el que tira, y no tengo ningún resentimiento con usted.

Y mientras esto ocurría, la codorniz lanzaba quejas al aire con gran satisfacción de D. Serapio, que decía á su señora en el lecho conyugal:

—¿Oyés, Sebastiana?

—¿Qué?

—La codorniz. ¿Qué mona es!

—¿Y qué limpia!—contestaba la esposa de nuestro verdugo.

Desde que D. Serapio dejó el ministerio de Hacienda, viene dedicándose con verdadero frenesí al cultivo de las plantas de olor y á la manutención y aseo de varios animales. Tiene dos gatos, una cotorra, un canario mestizo de verdorón, dos jilgueros, un mirlo, cuatro perros de lanas y un galápago, sin contar la codorniz, porque ésta no es un animal, como dice D. Serapio, sino una amiga.

—Sí, señor, afirma él.—La codorniz nos tiene tanto cariño como pudiera tenerlo cualquier persona. Viene á comer á la mano, y siempre que mi esposa y yo armamos alguna pelotera, se asoma por entre los hierros de la jaula como si quisiera decirnos: —¿Qué es eso? Los matrimonios deben de llevarse bien. No me gusta ver á ustedes así, que aún son jóvenes...

—Pues es una codorniz maravillosa.

—¿Y si la oyera usted cantar por las noches! ¡Vaya una voz que tiene!

—Sí, ya me lo han contado los vecinos, y están muy contentos. Á D. Serapio le seduce aquella voz sonora, tanto que no comprende como hay hombres que pueden dormir sin el arrullo cadencioso del ave. Él no hace más que saltar del lecho, y corre á ver cómo ha pasado la noche el animalito.

—Sebastiana—dice á su esposa.—¿sabes que esta codorniz me parece un poco pálida? ¿Le habrá hecho daño el relente?

—No seas aprensivo.

—Yo me voy á retirar hacia la alcoba, como si fuera á meterme en la cama. Fíjate tú, á ver si me sigue con los ojos, porque si no me sigue es señal de que no está buena.

Y los esposos hacen diferentes pruebas para convencerse de que la codorniz disfruta de cabal salud.

Estas personas enamoradas de los animales domésticos no viven tranquilas. Hasta el galápago es objeto de preocupaciones frecuentes en aquella casa.

Á lo mejor viene la esposa diciendo, toda convulsa:

—¡Ay, Serapio! *Chuchulin* no parece por ninguna parte.

Chuchulin es el galápago.

—¿Que no parece?—pregunta el esposo con acento de profunda sorpresa.

—No; le he buscado en la carbonera, en el cuarto de la criada, en tu mesa de noche, y no puedo dar con él.

—¡Pero mujer! ¡Si ayer noche mismo le vi yo sentado sobre un barreño!...

—¿Se habrá caído al patio?

—¡Qué horror!

—Como es tan aficionado á las correderas, habrá cogido una indigestión y quizá esté padeciendo en un rinconcito, sin que lo sepa nadie.

—Sí, es un animal muy sufrido.

—Y de mucha inteligencia; ¡Si vieras con qué escrupulosidad se mira las pulgas!...

—¿Pero tienen pulgas los galápagos?

—Ya se ve que sí.

Unas veces porque no encuentran á *Chuchulin*, otras porque tose la cotorrita y otras porque no bebe agua el gato menor, en aquel domicilio siempre hay disgustos y malas palabras entre el matrimonio; pero todo eso nos tendría sin cuidado si no fuera por la maldita codorniz, que turba nuestro sueño y altera nuestro sistema nervioso.

Quiere uno descansar porque se encuentra fatigado después de haber leído unos versos peruanos ó chilenos en *La Ilustración Española y Americana*, y hace la codorniz de D. Serapio:

Chau, chau-chau-chau, chau-chau-chau.

¡Y adios sueño y tranquilidad y salud y todo!

He pedido prestada una escopeta de dos cañones, para ver si termina mi sufrimiento y el de varios vecinos honrados, que andan locos por casa, paseándose en calzoncillos toda la santa noche.

Estoy dispuesto á disparar contra la jaula de enfrente, y es muy posible, dada mi puntería, que por querer matar la codorniz le suelte un tiro á cualquier transeunte.

Hago esta declaración previa para que no se me exijan responsabilidades.

¡Y caiga sobre la cabeza de D. Serapio toda la sangre vertida!

LUIS TABOADA.

EL ÁRBOL DE LA DICHA

I

Delante de su ventana tiene Rita un árbol viejo que le da sombra en verano y le da leña en invierno. Sus ramas sirven de coto á pardillos y jilgueros que la alborada le anuncia con sus trinos y gorjeos. Y cuando Rita se asoma á gozar del aire fresco, parece una flor su cara entre los ramos aquellos. Juan muy de veras la quiere y son sus fines honestos, y dicen que ha de casarse en cuanto llene el granero.

Yo, sin embargo, he sabido que se murmura en el pueblo que ven preparar por el árbol por la noche un bulto negro, que oyen abrir la ventana, que se oye estallar un beso y que la sombra se mete de Rita en el aposento.

II

Va se cogió la cosecha y va á llegar el invierno, y ya ha echado á Juan y á Rita las bendiciones el clérigo. ¡Y están de lo más ufanos!... ¡Y están de lo más contentos!... ¿Como que es una pareja que da envidia á todo el pueblo!

III

Juan fué á vivir con su esposa á la casa de su suegro, quien de todas sus haciendas le dió el dominio y gobierno. Y hete aquí que Juan ordena que llamen á un carpintero para que en un periquete el árbol quite de enmedio. Rita, que sale á los golpes, dice á su esposo:—¿Qué es esto,

ingrato! ¡Quitar el árbol que tanto bien nos ha hecho! ¡Ese árbol, al que tú y yo, llenos de agradecimiento, llamábamos de la dicha, mandas que tiren al suelo! ¡No te subías por él para entrar en mi aposento! Entonces, ¿por qué lo tiras? V dijo Juan:—Pues... por eso.

JOSÉ ESTREMEIRA.

Á UNA DAMA DESPECHADA

Cuando el cuerpo llevabais las señoras encerrado en corsés de grande altura, que eran por su figura prendas encubridoras de escaseces muy poco seductoras, ¡oh adorable Sofía! tú andabas á tres anchas noche y día, ocultando los míseros efectos de la tacañería que mostró por su parte la *señora* Providencia al engendrarla.

Mas hoy, que ya las modas han variado y lo que tra coraza bien cumplida su altura á la mitad ha rebajado, andas comprometida, sin saber lo que hacer ante la gente por seguir ocultando con decencia que tienes en un seno tan patente más bien concavidad que prominencia.

¡Por crédito merezco cuatro tiros! ¡Conque aquellos suspiros que decías que en corto y por derecho lanzabas de tu pecho, de tu pecho en verdad no los lanzabas porque no le gastabas!

¡Conque aquellas golpizas que ante un Cristo en el templo de Dios con fe te dabas un eran golpes de pecho, por lo visto, pues nadie se entretiene en golpear con fe... lo que no tiene!

¡Cénjese no es un infundio de la fama que has gastado á tu padre una fortuna (ó quizá más de una) en algodón en rama, cuando no en alambres airozas y ligeras como esos cubre-plateos que á las moscas les dan tan malos ratos!

No me importa un comino la escasez de la carne sobre el hueso; ¡quién no tiene flaquezas en el mundo! Pero me ha dado rabia, lo confieso, que me hayas engañado como á un chino escondiendo tus líneas incorrectas y haciéndome ver curvas donde hay rectas.

Esta causa mi tajo irá profundo. Vete á paseo, pues, mi bien querida, y dá muchas gracias á Vajado.

Pensando en el defecto noche y día, con el origen del defecto he dado, pues, según su nodriza me ha contado, á la pobre Sofía por falta de intereses. le quitaron el pecho á los diez meses, y no lo ha recobrado todavía!

JUAN PÉREZ ZUÑIGA.

¡ESE ES PERIODISTA!

Sr. Director del MADRID CÓMICO.

Amigo mío y perdona usted la franqueza: Al leer un día y otro en su simpático periódico, y en otros muchos, artículos, más ó menos ingeniosos, en que se saca á la vergüenza pública algunos tipos sociales que unas veces tienen su realidad perfil cómico y otras no á pesar de los esfuerzos que por hacer sonreír á los lectores hace el articulista, se me ha ocurrido preguntar:

—Y entre estos escritores, ó literatos, ó periodistas, ó lo que sean (á veces nada de eso), ¿no hay algo también que explotar para hacer reír á los demás? ¿No hay entre ellos tipos ridículos que poner en evidencia? ¿Y no ha de haber un espíritu valiente, ó por lo menos atrevido, que les acuse las cuarenta, como vulgarmente se dice?

Porque no todo, Sr. D. Sinesio, han de ser muchachas que se pierden por tener novio, ni señoritos que hablan tartamudeando ó con lengua de trapo, ó tenorios de esquina, ó reuniones á lo Cuchupín, ó mamás suegras tragonas, ó maridos cachazudos.... Sinesio, en el mundo hay más, y en el mundo literario, como ustedes dicen, hay cada caricatura, y cada sujeto nesio y cada sabio varío de mollera.... ¿Y cómo no, si la cursaría lo invade todo?

Como yo me atreva, que si me atreveré porque esto de escribir acerca de nuestras costumbres veo que sólo consiste en pasarse la mano por la cara y decir "allá voy", he de sacarle á usted hasta una docena de tipos de esos que creen hacer papel en la sociedad, y lo único que hacen es el oso á las mil maravillas.

Se me ofrece entre todos como tipo más de relieve el del periodista que anda por donde quiera que va exhibiéndose, preguntando su profesión, ó su pasatiempo ó lo que sea. ¿Se ha fijado usted en él? Quizás no, por ser del oficio y por aquello de ver la paja en el ojo ajeno, etc.

Yo si me he fijado, y mucho, y me revientan, y mucho, todos esos que con sus gestos y ademanes y hablando en voz alta y con otras manifestaciones cursis van por ahí diciendo: "Paso, que manchó! ¡Eh! Señores, fíjense ustedes, ¡soy periodista!"

Á mí me hacen el mismo efecto que si un bailarín fuera por la calle danzando, ó si un médico fuera al teatro con el botiquín bajo el brazo, ó si un ingeniero saliera á paseo con el estuche de matemáticas y las reglas y las plantillas en la mano.

¡Soy periodista!... ¿Y qué tenemos con eso? Si el ser periodista equivaliera á ser genio... pero ¡buen genio te dé Dios!

Yo quisiera, Sr. Director, que á semejanza de lo que se hacía en algunos países hace algunos siglos, se adoptara para cada profesión á oficio un uniforme, ó por lo menos un distintivo que diferenciase á unos de otros. De esa manera habría periodista que dormiría con el uniforme puesto, pero se economizaría las ridiculeces y los aspavientos y los ademanes que se ve obligado á hacer para decir como el marqués de la *Louandera* "¡Yo son qui son!"

Porque, amigo mío, se ponen los tajes insufribles y con tal de exhibirse no se paran es conveniencias ni en respetos, ni saben cuándo estorban á los demás, ó lo que es peor: saben que estorban y siguen en sus trece.

En el teatro no hay quien los resista. Entran con el sombrero puesto hasta que llegan á su asiento; los hay que ni siquiera se desembozan; taconeán como para decir: "¡Allá voy!"; se sientan con aire displicente y con notoria irreverencia para el público y los artistas, y entablan diálogos en voz natural con algún compañero de profesión.

—Oye, Fulano, ¿hace mucho que empezó?—¿Ha ocurrido algo notable?—¿Y sabes de quién es?—Me han dicho que esto se silbó en París.—¿Quién es el padre de la criatura, es decir, el traductor?—¿Has estado en el Congreso?—¿Ha ocurrido algo?—¿Habló al fin Sagasta?...

Que dan ganas de acercarse y decirle al oído: "Señor mío, los de esta fila y los de la anterior y de la posterior nos hemos enterado ya de que es usted periodista y le felicitamos por ello. ¿Quiere usted ahora dejarnos oír la comedia, que para eso hemos pagado el dinero?"

Pero no tal. El tipo sigue manifestando su opinión en voz alta: —¡Jesús, qué malo es esto!—¡Qué barbaridad!—¡Qué atajo de disparate!—¡No hay paciencia que aguante esto!—Está tomado de una obra de Fulano.—¡Oh! ¡oh!—¡Ah! ¡ah!—¡Uh! ¡uh!—¡Eh! ¡Fuera! ¡fuera!

Y cosas por el estilo.

¡Aplaudir aunque la cosa lo merezca? ¡No tal! Eso es de mal tono, es cursi, es cosa de paletos. ¡Aplaudir! ¡Aplaudir un genio! ¡No faltaba más!

Pero cae el telón y se levanta mi hombre, y entonces vuelve á su faroleo.

—Fulano está desgraciado en su papel.—En mi revista le daré un achuchón.—Hoy he tenido mucho que hacer. He hecho un artículo en menos de veinte minutos.

Y sale pausadamente deslizando un cigarro, mirando á todas partes, saludando á quien no le contesta, diciendo *chirigotas* á algún amigo que le hace cara, mientras la gente se queda diciendo:

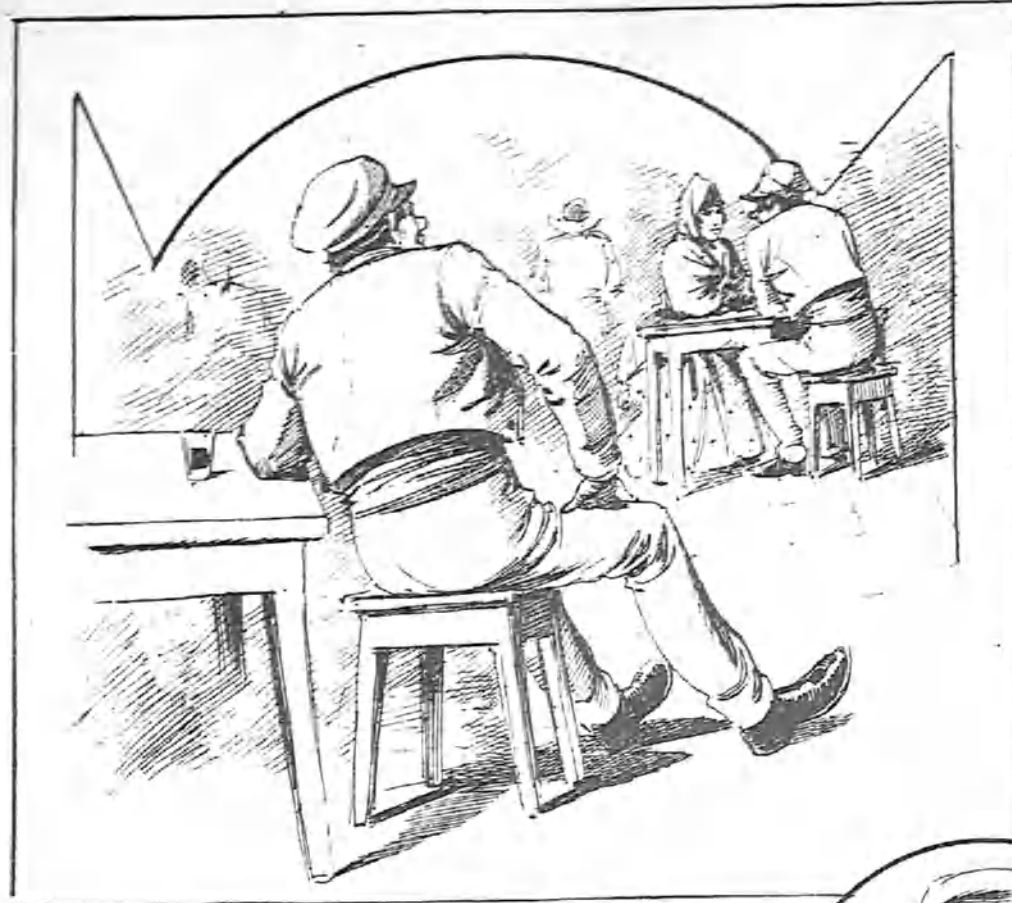
—¡Ese es periodista!
—¡Caramba! ¡Periodista! ¡qué atrocidad! ¿Y quién es?
—Un tal Mengánex.
—¿Mengánex? ¿No le oí nombrar nunca!
—¡Pues él se da buen pisto!

En las calles habla de acerca á acerca con los que pasan, pregunta en voz alta tonterías relacionadas con la política ó el periodismo, dice que ya ha acabado el acto segundo de su obra, promete su lectura y la invitación al acto, y dice que ya se la ha pedido Mario ó (alvy), y se queja de que hayan ocurrido la voz cuando él lo tenía tan en secreto.

Otras veces detiene en la calle ó llama por su apellido á personas conocidas y las suelta con simplezas ó consultas para que los que pasan digan: "Ese que está hablando con Echegaray es periodista. ¿Quién será?"

Porque ésta es la cuestión. Á pesar de darse á luz, á pesar de tanto manifestarse, el desdichado no encuentra la popularidad que tanto busca, y su nombre permanece ignorado aunque las gentes al pasar junto á él vayan diciendo: "Ese es periodista!... Ese es periodista!..."

MATUTE



—Me paice á mí que tamién esa quié colarse sin pagar derechos..... Pero pa algo estoy yo coloco en el fielato de la Nicanora.



—¡Tres mil gallinas diarias! ¿Quién se habrá comido las que me tocaban á mí?



—¡Con esta calaverada ni Dios introduce nada!



—Doscientas mil pesetas de aumento en quince días..... Con esas doscientas mil pesetas punta yo piso á todas las chicas del taller de madame Antonine, y todavía me sobra dinero.



—¡Y que le hagan á uno ir á tener cuidao de la fila de coches, cuando sabe Dios si esos coches se los habrán birlao al Ayuntamiento!

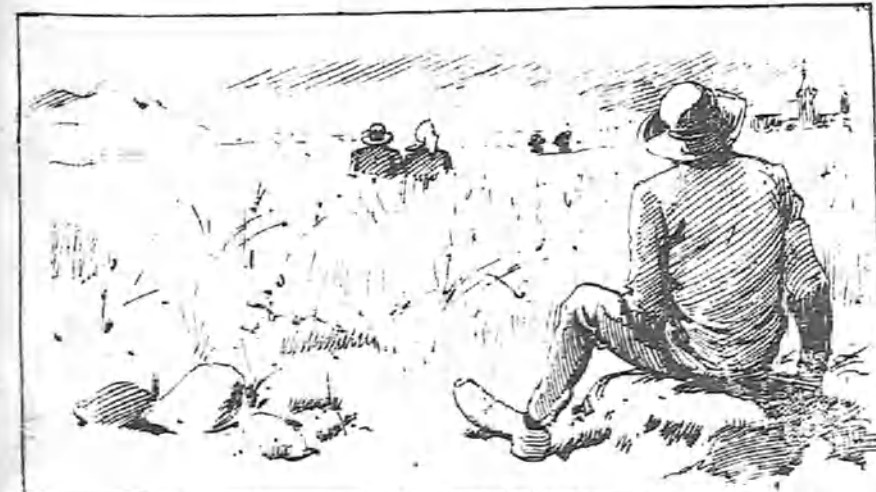


—Lo que quiere la madre es prepararme una encerrona como la de Pepe el Huerero.



—¡Mus han partio los Figueroas!

—Todo va bien mientras no haya impuestos sobre los claveles dobles, porque si los hubiera, ¿qué iba uno á ponerse en las solapas?



—¡Mí por dónde se meten esos pa que no les registren!



—¿No sabe usted cuántas personas componen la Santísima Trinidad?
—Hombre..... tres.
—¿Sí, eh? Ya verá usted cómo resulta que son lo menos trescientas.

Es decir, que le conocen como conocen al que va tocando el clarinete á razón de dos notas por cada paso que da, ó como conocen al manco que pasea Madrid con un perro de aguas y un mono, y como conocen á la enana con anteojos verdes que vende décimos, y á otros mil sujetos por el estilo.

Es una verdadera desgracia que esos señores no lleven fajín de colores ó una placa en el pecho, ó un bastón con borlas encarnadas ó algo que les haga sobresalir, porque, amigo, ellos tienen una tarea sin descanso, los demás tenemos que sufrir sus impertinencias, y el gremio de periodistas y escritores no gana gran cosa; porque lo primero que dirán las gentes es que el tal gremio sólo se compone de majaderos.

¿Que le parece á usted el tipo, Sr. Director?
Pues aún hay más, pero no todo se ha de decir en un día.
Suya afectísimá amiga y suscritora.

Una abogada de teatro.

P. S. Encargo de que esta carta llegue á poder de usted á mi amigo, que también lo es suyo.

M. MATOSÉS.

PANTALONES Á 6,50

Juan Rodríguez y Cantareso, empleado en Loterías, es hombre extremado en eso de trazar economías.

Y aunque su cara consorte anda con él á sopapos por ser en la Villa y Corte mujer de muy buenos trastos:

Lo que gasta la mujer él solito se lo ahorra, y hasta llegará á tener trajes completos de guro.

Y aunque su mismo escribiente, que es de elegancia un modelo, con cierto aire de insolente le llegó á tomar el pelo:

Él sigue siempre vestido con prendas anchas ó estrechas, qué compra en un ferretería almacén de ropas hechas.

Atento al vil interés, en gabón ó americana, desprecia el género inglés por la tela catalana.

Entre prendas del estilo, con el precio andando á vueltas, para hacer mejor se avía se las fué comprando vueltas.

«Pantalones de lino muelo á seis cincuenta» levó y se dijo Juan: «¿Qué dudó de éstos no los llevo yo?»

No ver sí se fué su afán en los que eran algodones; y cabía en triple Juan en aquellos pantalones.

Al verle de aquellas traza, la mujer puso al marido el apodo de *bragosa* que tenía merecido.

Y tanto estremó el abaso de las burlas la ladina, que ella el pantalón se puso para andar por la cocina.

Y aunque él de ella se querella, ya no le valen razones ni autoridad desde que ella se puso los pantalones.

De algodón oscuro ó claro, tan barato y sin medida, fué el pantalón que más caro le salió en toda su vida.

El que á él tan ancho le estaba vino á su mujer tan justo, que ya una prenda no hallaba que vistiese sin disgusto.

Economías á un lado, el pantalón se ha de hacer á tu medida ajustado.... ¡No le esté que ni pintado á tu bendita mujer!...

EDUARDO BUSTILLO.

EL MUERTO

Al pie de un matorral, sobre pedruscos, en lo más intrincado de la sierra, yace tendido un hombre, cuya sangre se va escapando por la herida abierta.

Tras el tupido velo de la noche las rocas y los árboles proyectan sobre la limpia sábana de nieve mil espantables sombras gigantescas.

Sólo está el pobre muerto, con las manos agarrotadas, rígidas y yertas clavadas al fasil, por el impulso de la terrible convulsión suprema.

Es un carabínero. Cuando lleguen los compañeros que á buscarle vengan, le encontrarán envuelto en el sudario que le está precipitando la tormenta.

Su mujer, entrecanto, allá en el valle, dispone alegre la sencilla mesa y arriana los pucheros á los troncos que en el ancho fogón disparreñean.

Alborotan la casa los chiquillos gimiendo y suspirando por la cena; la madre, despreciando la ventisca, mira y remota la legumbre solta, y cuando él más hambriento le pregunta:

—Pero ¿no viene padre?— le contesta: —Ya no debe tardar, aunque, á te calla, ó te va á dar azotes cuando vuelva.

¡No volverá jamás! Porque otro pobre que sale de su choza cuando nieva, para poder matar de contrabando unas cajitas de tabaco de hebra,

jugó buena ocasión aquella noche de ganarse un puñado de pesetas, tropezó con el guardia en el sendero y le metió una bala en la cabeza.

Allí quedó el cadáver. El delito con su manto cubrió la noche negra, ahogó el trueno los ayes de agonía y espesos copos horrorán las huellas.

Sólo entonces grandiosos funerales el vendaval que silba en las cavernas y el indómito mar, que zamba lejos batiéndose furioso con las peñas.

Todo puede explicarse en este mundo. A no inventar el diablo las fronteras, ¡qué dita la importancia que tendrían unas cajitas de tabaco de hebra!

SINESIO DELGADO.

PALIQUE

SOBRE MOTIVOS DE LOS RIPIOS ACADÉMICOS DE VALBUENA

(Conclusión verdad.)

Verdaderamente es digno y justo, equitativo y saludable atacar con el vigor y con la razón con que Valbuena ataca á los entrometidos, dueños y soprones de la literatura. Primero hizo pedazos, redujo á polvo mejor dicho, la reputación usurpada de unos cuantos caballeros que por haber nacido en *dorada cuna* ó en *cuna sobredorada* quieren que se les tenga por otros tantos cisnes de Mantua ó de Valchuse; y ahora tritura los falsos blasones de varios sujetos que, por haber sido bastante influyentes para sentarse en la Academia, quieren que se les perdonen sus ripios.... porque han intrigado mucho.

La empresa que V. González lleva á feliz remate en unos y otros *Ripios* necesitaba mucho más que la buena intención. Sin cualidades excepcionales de carácter, de inteligencia, de actividad, de buen gusto, no se consigue lo que el popular escritor satírico ha conseguido. Pocos saben, por lo que respecta al carácter, si se necesita razón, voluntad de hierro, abnegación y verdadera modestia para ir contra la corriente de la vulgaridad, de la opinión hecha, del clamorón oficial, de las vanidades encopetadas. La mayor parte de los escritores, por avisados que sean, hacen que pase de ellos este cáliz, y buscan cien pretextos para desligarse de la obligación de conciencia que consiste en defender el arte, los fueros del sentido común literario y del buen gusto contra la invasión de los necios, pedantes, etc. Hacer del propio cuerpo dique contra las olas de la necesidad es empresa superior á las fuerzas morales de la mayor parte de los hombres listos. Es muy cómodo hacerse el hombre desengañado y de graves ocupaciones que no tiene tiempo ni humor para llamar *gato al gato* y que se contenta con burlarse en secreto de los mismos á quien aplaude en público y llama compañeros. Más difícil es soportar los perjuicios graves á veces, de ponerse mal con los señores influyentes de la aristocracia, de la política y de otras grandezas mundanas, á cambio de llamar tonto á quien lo es y señalar los despropósitos del que se mete á conservar el idioma y á sacarle lustre sin saber gramática ni tener sentido común.

Si Valbuena, con lo que sabe, y las ideas religiosas y filosóficas que profesa, y lo que vale como ingenio, hubiera querido medrar y ser académico, y canonista influyente en la prensa, en las sacristías y en los palacios episcopales, etc., etc., ¿quién duda que el mismo Alejandro Pidal hubiera tenido que dejarle un hueco á su lado y compartir con él la vara alta que tiene entre las viejas beatas de la aristocracia y entre los mismos obispos y aun en presencia de Cánovas? Figurémonos que V. González, en vez de escribir primero años y años en *El Siglo Futuro* saladísimas gaceticillas anónimas, y después en *El Universal*, *El Progreso*, etc., etc., con pseudónimos varios, artículos de ruda oposición al Diccionario, á la Academia, á los aristócratas y políticos pseudoliteratos, hubiera empezado por no ocultar jamás su nombre y apellido y los hubiera puesto al pie de eruditas disertaciones no exentas de pedantería y al pie de panegíricos de Cánovas, de las *Instituciones vigentes*, políticas y literarias, etc., etc.... no cabe duda que con todo eso á estas horas le llamarían sabio y llevarían en palmas los mismos que hoy fingían despreciarle y tenerle por un pobre gaceticillero despechado y de escasa comida. Alámbenos, pues, ante todo, á Valbuena por su carácter, por su valor á independencia.

Pero no basta eso; otros hay que también se atreven á desafiar las iras aculénticas y á contradecir el v. redicto de la vulgaridad.... pero nadie los oye porque no tienen talento para poner de relieve, á la vista del menos fino, el lado flaco del enemigo, y porque, sobre todo, no tienen el arte de escribir con gracia, fuerza y sencillez, cualidades indispensables para conseguir los buenos resultados que consigue el autor de los *Ripios*.

Hay además otra facultad que poseen muy pocos y que es indispensable para esta clase de crítica: hay hombres de indudable talento y que no tienen, sin embargo, esa especie de *aura nerviosa* de la piel del gusto, si cupiere hablar así, que hace á los delicados notar asperezas y sentir crispaturas indefinibles que

para los más no existen hasta que se les hace fijar la atención en sus causas. Una larga experiencia me ha hecho ver en este punto que el buen gusto exquisito en materia de lógica, gramática y eufonía era rarísimo y carecían de él personas de gran talento, de gran perspicacia en otros asuntos.

Valbuena es de los que sienten esas asperezas, de los que no toleran esos contactos antipáticos, y por eso hay sinceridad y razón en las *menudencias* de su crítica, que algunos toman por ensañamiento y sugerencias de la pasión.

Así, verbigracia, lo soso, lo insignificante, lo fofo lo toleran muchos llamados críticos que no ven más delitos que los de *comisión*; Cañete, verbigracia, que no deja de tener, después de todo, su parte seria y digna de respeto como crítico, no ve lo tonto, lo anodino, y con la mayor buena fe alaba comedias insulsa, y copia entusiasmado versos vulgares, insustanciales, que a él le parecen excelentes porque se parecen á los *Trazos de Terzadillos* en la forma descriptiva, narrativa, etc., etc.

Venancio González es un líneo para lo deslavazado, inútil, soso, anodino, y lo describe debajo de las apariencias lasuosas que suelen deslumbrar á otros.

Por eso, muchas de las censuras de los *Ripios* académicos que parecerán injustas á los que juzguen de ligero, no lo son en realidad....

Si yo fuera á decir todo lo que se me ocurre con motivo de elogiar la crítica *satírica y cualitativa* de Valbuena, escribiría un libro entero. Tal vez en ningún país como en España (y en la América española) se necesita con tanta necesidad quien haga lo que V. González, porque en nuestra poesía moderna—llamando aquí poesía indistintamente á los versos de todas clases—las faltas de lógica, el olvido del orden de la naturaleza, el desprecio de las leyes retóricas, gramaticales y ritmicas lleva á una verdadera anarquía á multitud de escritores, entre los que hay algunos medianos y hasta buenos.

Por lo cual, ni ésta será la última vez que Valbuena aplique oportunamente sus disciplinas á la carne dura, ni éste el último artículo que yo dedique á alabar sus *Ripios*, por lo cual puedo, sin gran desdoro para mi arte de crítico, concluir estos artículos.... sin concluirlos en realidad, dejando lo mucho que queda en el tintero para las ocasiones futuras, que no tardarán en presentarse.

No terminaré sin decir que hasta de D. Pedro Madrazo ha encontrado ripios Venancio. El Sr. Madrazo es una persona muy bien *quista* de todo el mundo, *posee* conocimientos envidiables.... pero sus versos, en efecto, son pésimos; y yo, á decir la verdad, me alegro de que se haya demostrado que es muy mal poeta un señor que en cierto discurso de la Academia nos vino diciendo que Quevedo escribía mal, era *desalente*, etc., etc., etc.

Era natural que Valbuena viniese á vengar á Quevedo.

CHARIN.

LOS MIRONES

(Al mirón, frente á un espejo.)

I
Un gomoso.

¡Qué joya, santo Dios! ¡Quién la miró!
¡Brillante sin igual! ¡Oro macizo!
¡Si la adquiriese y ella me la viera,
sin dala consiguiera
atar ese brillante con un rizo
de su espléndida y rubia cabellera!

II
Un harapos.

¡No otros, á trabajos inflamantes!
¡Los ricos, á chupar del presupuesto!
¡Una sortija de oro con brillantes!
¡Y serás para un rico! ¡Te detesto!

III

Una.

Perdí mis alas y perdí el decoro
y morí sin redención, de fijo....
¡Nudo para el altar, sortija de oro!
¡*¡fina nevolución!* ¡Beaquer lo dijo!

IV

Otra.

¡Mil pesetas no más! ¡Poco dinero!
Me le ofreció el Marqués con voz amante
y le acepté con entusiasmo, pero
aunque no es mal brillante,
el de Julia es mayor.... ¡Va no lo quiero!

RICARDO J. CATALINEU.

CHISMES Y CUENTOS

En la calle de Alcalá, frente á la Cibeles, acera del Ministerio de la Guerra, hay un kiosco-estanco con un buzón, recién pintadito y acabado de salir del horno.

Y ahora pregunto yo á quien correspondía el negociado de buzones:

—¿Es cosa segura que todos los días se recoge de allí la correspondencia?

Y no lo pregunto á humo de pajas, sino porque yo le depositado hace bastantes días algunas cartas que hasta la fecha no han llegado á su destino. Bueno será concretar un poco para que el director de Comunicaciones sepa á qué atender. Una de esas cartas iba dirigida á D. Ramón Cilla, en Salamanca, y estoy seguro de que llevaba el franqueo correspondiente.

¿La han recogido á no del buzón citado? Si la han recogido, ¿dónde diablos ha ido á parar? Si no la han recogido, ¿quiere el cartero hacernos el favor de recogerla?

Hay gacilleros terribles.

Ven ustedes cómo empieza uno á cumplir su misión:

«BUEN VIAJE. Parece que va á ser cosa de buena, ¿eh? Al llegar á la estación del Mediodía, procedente de Aranjaz, falló repentinamente ayer un niño de cuatro años de edad.»

¡Caramba! Ese es el colmo del escepticismo.

Si sigue usted así, acabará por dar la noticia siguiente:

«Ayer falleció en la casa de socorro del distrito X el Sr. D. Fulano, de Tal, casado y con siete hijos.»

¡Por allí nos espere muchos años!

Por falta de espacio no podemos publicar en este número un artículo de D. Salvador Rueda, en que trata del libro de *Jose Cañete* titulado *Capitulaciones* y que acaba de ponerse á la venta.

Se publicará, Dios mediante, en el número próximo.

¿Quién era el iluso que decía que se habían acabado los festijos?

¡Qué! Ahora andamos á vueltas con la verbena del distrito de la Universidad.

Y mañana... mañana veremos de intentar otra cosa. Esta de las fiestas populares es algo así como el cólera morbo: siempre deja un foco de infección para dar lugar á que vuelva el dinero.

«Basofia antiliteraria con que regalan el paladar del vulgo los coliseos de fución por hora.»

Va-se figura en ustedes de quién es ese título.

De D. Manuel Cañete!

Traductor de *La poesía del lugar*, Bancaput de escribir una pieza rotundamente. No por falta de ganas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Yo.—¡Dios mío! Me parece conocer ya esa décima. ¡Estaré en un error! Sr. D. L. R.—No sé qué pensar. Por un lado se ve facilidad de versificación, por otro se ven faltas de ortografía, versos rojos.... en fin, que parece cosa ajena copiada de prisá por quien no lo entiende. Y perdíame usted la suspenso, pero el gato escaldado....

Charin.—Repito lo que le dije hace pocos días. Hay que fijarse más. *El del otro día*.—¡Se continuará! Bueno, pues que se continúe. Pero le advierto á usted que no tiene gracia. Y eso que en las cosas sucias es fácil tenerla.

Un americano.—¡Flojita le ha salido á usted esa. Y bueno es advertir que las imitaciones de Beaquer dan poco juego.

Uno de Puebla de Rugat.—¿Y le ha perdonado á usted el cólera? ¡Qué mal año tiene el cólera!

Doña Sor Sancha.—Veremos. No le doy á usted palabra formal, porque hay que arreglar bastante.

Sr. D. L. Z. N.—Hablándole á usted con franqueza, es difícil admitir dibujos, como no sean sobresalientes. Si quiere usted probar, nada se pierde, ¿digo yo!

Sr. D. E. R.—Madrid.—Si usted cree, como parece desprenderse del texto, que se rechazan las composiciones por sistema, puede abstenerse de enviarlas. ¡No le parece á usted un buen remedio?

Primario.—Ya se conoce. Conque.... á cuidar un poquito la forma para que no se conozca tanto.

Sr. D. L. V.—Guadalajara.—Todos esos epigramas tienen un defecto común. Que son inocentes.

Alachofas.—Pues mire usted, si ese pian lo pescara Carulla, lo tomaba en serio.

Tribuna.—En primer lugar, en un romance no deben entrar consonantes para nada, y en segundo lugar, cuando un verso sale largo, como el último, por ejemplo, hay que quitarle las sílabas que le sobren.

Para trifunfo.—El tiempo es oro y no debe perderse en escribir bobadas. Porque luego le pesa á uno cuando llega á viejo.

Sr. D. M. R.—Barcelona.—Á usted le parece que *ceñero y negro* son consonantes. Á mí y á otros nos parece que no lo son. ¡Vaya usted á saber quién tiene razón, porque como todo es convencional en este mundo!

Pitilla.—¡Vaya un asunto feo!

Señor Pitilla,

¿es usted de la ronda

de alcañarillas?

Empaque.—¿Se ha perdido Consuelo? ¡Caramba! Pues son dos pérdidas. Porque también ha perdido usted casi todas las *hachas*.

Falón.—¡De veras ha hecho eso el novio? ¡Mal rayo en el novio! El que usted indica escribe poquito porque.... pues porque duerme sobre sus laureles y no le despierta ni el verbo.

Mala, etc.—Gracias por la parte que me toca. No podría decir otro tanto la versificación, porque la tratan ustedes impiamente.

AHÍ VA ESO



«Mi querido Sinesio: Me pides que te envíe en seguida una cosa cualquiera para atrás. No encuentro nada más á propósito que eso.

Tuyo, Mecachis.»

—Pero, hombre, ¡lo que yo te quería pedir era un dibujo para la última plana!

Est. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A correspondientes y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores correspondientes se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELBADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFIADOS DE THOMAS. LAPORTA Y VALUÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y correspondientes, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.